



Muere Irene de Grecia, la princesa de las mil caras

La hermana de la reina Sofía siempre se mantuvo en un segundo plano, aunque tuvo una vida fascinante

MARTÍN BIANCHI
Madrid

Irene de Grecia y Dinamarca, hermana pequeña de la reina Sofía, murió ayer a los 83 años en Madrid. En el palacio de la Zarzuela se instaló una capilla ardiente que velará a la princesa de forma privada. Mañana, la Catedral Ortodoxa Griega de San Andrés y San Demetrio de Madrid acogerá durante unas horas sus restos mortales. Y el lunes tendrá lugar en Atenas el funeral y posterior entierro. Según diversas fuentes, llevaba tiempo sufriendo un grave deterioro cognitivo. De hecho, doña Sofía canceló esta semana algunos actos de su agenda, lo que le ha permitido estar al lado de su hermana hasta el último momento. La última vez que Irene de Grecia apareció en público fue en febrero de 2025, cuando viajó a Atenas para asistir a la boda de su sobrino Nicolás de Grecia y Chrysi Vardlinogianni. Hasta ese momento, era una habitual en los veranos que la Familia Real española disfrutaba en Palma. El verano de 2024 fue la última vez que viajó a la isla.

Nieta de reyes, hija de reyes, hermana de reyes y tía de reyes, la princesa era una de los miembros con más "sangre azul" de la realeza europea. En su árbol genealógico había cinco soberanos helenos, dos emperadores alemanes, ocho monarcas daneses, cinco suecos, siete zares de Rusia, un rey y una reina de Noruega y una de Inglaterra. Pero también era uno de los personajes más excéntricos del *Almanaque de Gotha*. Era tan singular que sus ocho sobrinos, incluido Felipe VI, la llaman "Peculiar" o "tía Pecu". No recibía una asignación económica oficial, no tenía grandes posesiones, no lucía joyas, ni ropa de firmas de lujo. Tampoco quiso tener marido o hijos, lo que le permitió tener una libertad inusual para una mujer de su posición y vivir varias vidas. Fue aprendiz de arqueóloga y concertista casi profesional, alumna avanzada del hinduismo, filántropa, animalista, entusiasta del esoterismo, aficionada a la ufología.

Nació el 11 de mayo de 1942, en plena II Guerra Mundial y lejos de Grecia, el país que le daba nombre a su apellido. Su madre, Federica de Hannover, nieta del último

emperador de Alemania, la trajo al mundo en una casa a las afueras de Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, mientras huían del nazismo. Su padre, el rey Pablo, quinto monarca heleno de la Casa de Glücksburg, la misma que hoy sigue reinando en Dinamarca y Noruega, era todavía príncipe heredero y se encontraba en El Cairo, donde su hermano el rey Jorge II radiaba mensajes al pueblo griego en apoyo al Gobierno griego en el exilio.

En medio de esos tiempos de guerra, la reina Federica bautizó a su hija con el nombre de Irene, que en griego significa "paz". La finca donde vivían, propiedad del general Jan Smuts, primer ministro de la Unión Sudafricana, también se llamaba *Irene*. Allí pasó sus primeros años de vida, rodeada de animales y junto a sus dos hermanos mayores, el príncipe Constantino —fallecido en 2023— y la princesa Sofía. Tuvo una infancia llena de cuidados, con una niñera escocesa que le enseñó a hablar en inglés.

Tras el final de la II Guerra Mundial, la familia real griega se trasladó a Alejandría. Fue el preludio de su regreso a Grecia. Allí Irene y sus hermanos compartieron tardes de juego con los hijos del rey Faruk de Egipto. En 1946, después de cinco años de exilio, los Grecia volvieron a Atenas. Casi el 70% de los griegos votó en un referéndum a favor de la restauración de la monarquía. Pablo y Federica, príncipes herederos, y sus tres hijos se instalaron en una villa en el barrio ateniense de Psykhlíkó. "En aquel tiempo ya sabíamos que pertenecer a la realeza no era algo para divertirse", contó la princesa a su biógrafa, Eva Celada, en la biografía *Irene de Grecia, la princesa rebelde*, de 2005.

La vida de la familia real griega cambió tan solo seis meses después de haber regresado del exilio. El 1 de abril de 1947 fallecía el rey Jorge y el príncipe Pablo, padre de Irene, se convertía en el nuevo rey de los helenos. Los hijos del nuevo monarca, Constantino, Sofía e Irene crecieron entre el palacio real de Atenas y el de Tatoi, a las afueras de la capital, rodeados de música, literatura y naturaleza.

La hermana de la reina Sofía empezó a tocar el piano por la admiración que sentía a músicos como Menuhin y Rostropóvich. En esos años también cultivó su pasión por la arqueología y participó con su hermana en el descubrimiento de piedras y otros objetos arqueológicos. De esos hallazgos nacieron dos publicaciones, *Cerámicas en Decelia y Miscelánea arqueológica*.



Irene de Grecia, en 2014, en la Embajada griega en Madrid. GETTY

A ojos de los de su clase y posición fue una rebelde. Nunca se casó ni tuvo hijos

"El cáncer me enseñó que no hay que tener miedo. Hay otra vida más allá", dijo en 2002

Cuando la princesa Sofía se fue a estudiar al estrieto internado de Salem, en Alemania, su hermana pequeña la siguió. En 1951, con solo 10 años, entró en este exclusivo *boarding school* dirigido por el profesor Kurt Hahn. Salem se regía por un sistema de enseñanza basado en la doctrina filosófica de Platón. Allí todo giraba en torno a

la idea de dar responsabilidades a los niños. Las princesas y el resto de las alumnas tenían que levantarse a las seis y media de la mañana, hacer sus camas y salir al patio a correr y hacer ejercicio físico. Se duchaban con agua fría, iban a clase y luego realizaban tareas comunitarias como lavar los platos.

La mayoría de edad de la princesa Irene fue más turbulenta. En 1962, su hermana se casó con Juan Carlos de Borbón y abandonó Grecia. Dos años después, su padre, el rey Pablo, falleció a causa de un cáncer de estómago. En abril de 1967, su hermano, Constantino, el nuevo rey, apoyó el golpe de los Coroneles. Meses después, el joven monarca protagonizó un contragolpe fallido y la familia real tuvo que huir del país. Con solo 25 años, Irene volvió al exilio. Esta vez se instaló en Roma.

"La princesa utilizó una de sus pasiones, la música, como vía de escape a la situación de desarraigo que le tocó vivir", cuenta su biógrafa, Eva Celada. También empeñó a pasar temporadas en Madrás, en el sudeste de la India, con su madre. La reina viuda y su hija pequeña practicaban la meditación y el yoga y estudiaban la filosofía hindú. La muerte de su padre y la vida en Madrás la llevaron a abrazar el veganismo y las causas animalistas.

En 1975, tras la restauración de la monarquía en España, Juan Carlos I invitó a la princesa Irene y a la reina Federica a vivir en el palacio de La Zarzuela. Les dio el pasaporte español y el apellido "De Grecia". La hermana de la reina Sofía decidió quedarse unos años más en la India y se instaló definitivamente en Madrid después de la muerte de su madre, en 1981. Federica de Grecia falleció repentinamente tras someterse a una intervención de párpados. Esa pérdida acercó todavía más a las hermanas. Desde entonces, Irene vivía en el ala derecha de Zarzuela, donde contaba con una habitación y un salóncito. Allí falleció ayer. La reina Sofía canceló todos sus compromisos y no se movió de su lado hasta el final.

La enfermedad

Irene fue testigo de excepción de la Transición. El día del 23-F estaba nadando en la piscina climatizada del palacio cuando le informaron sobre el golpe de Estado. Pasó esa noche con la Familia Real española en un salón contiguo al despacho del rey Juan Carlos. Siempre tuvo una relación cercana con su cuñado.

Fue una rebelde, al menos a ojos de los de su clase y posición. Nunca echó de menos casarse o tener hijos. Su obra más revolucionaria fue la fundación Mundo en Armonía, que creó para enviar los excedentes de alimentos de la Unión Europea a países en desarrollo. Un día de 1986, mientras estaba en la India haciendo sus estudios de análisis comparativo entre griegos y hindúes, leyó en un periódico que el Gobierno alemán estaba sacrificando vacas porque había excedentes de leche. Con la ayuda del rey Juan Carlos, convenció al canciller Helmut Kohl para que Alemania empezara a donar ganado para el primer proyecto de Mundo en Armonía.

En 2002, sufrió un cáncer de mama y se sometió a un tratamiento de quimioterapia durante seis meses en la clínica Ruber de Madrid. Era profundamente religiosa y esotérica, pero también mostraba gran interés por el ocultismo, la quiromancia, los ovnis y todo lo desconocido. Tras superar la enfermedad, explicó a su biógrafa: "El cáncer me enseñó que no hay que tener miedo. Las cosas pasan aunque tengas miedo, por lo que es mejor ser positivos, tener fe y aceptar que puedes morir. Hay que estar preparado. Saber que esta vida no es todo y que hay otra vida más allá".